

© 07/05/2018 - 15:39 | Clarin.com | Revista Ñ | Ideas

Entrevista a Paula Gaviria Betancur

Reunir un país, misión de todos los colombianos

La consejera de DD.HH. de Colombia se refirió a las contradicciones del país donde se desarrolla el Acuerdo de Paz.



En la ex ESMA. Gaviria Bentacur subraya cómo en algunos pueblos se recibe a los ex combatientes para integrarlos a la sociedad. Foto: Diego Waldmann.



Hector Pavon



Humilde pero certera en sus verdades. Así emerge la figura de Paula Gaviria Betancur entre los relicarios colombianos de la muestra de la artista de ese país, Erika Diettes. La escena transcurre en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti (ex Esma). Y en cada una de esas cajas hay objetos y prendas de víctimas de la violencia armada en Colombia.

Betancur es consejera presidencial en Derechos Humanos del gobierno de Colombia y una gran impulsora del Acuerdo de Paz. Su tarea y misión es subrayar el compromiso y la defensa por los derechos humanos de las víctimas y también de quienes han abandonado las armas. Estuvo en Buenos Aires en un encuentro organizado por el Centro Internacional para la Promoción de los Derechos Humanos.

En el silencio de la ex Esma, Betancur contó cómo se construye la paz y el respeto por los derechos humanos en la Colombia de hoy: “Todo esto sucede en una región geográfica y culturalmente muy diversa, hay una apropiación cultural de los derechos humanos, con la vivencia de la gente, en su día a día. Sólo si hay cambios en ese sentido, vamos a poder decir que somos una sociedad reconciliada”.

–Todavía repercuten los secuestros y asesinatos cometidos por los disidentes de las FARC. El 27 de mayo hay elecciones presidenciales en Colombia. Estas situaciones ¿podrían cambiar el rumbo del Acuerdo de Paz?

–El fin del conflicto con las FARC es una conquista, no sólo para los colombianos, sino para toda la humanidad. Cuando yo tenía cinco años, gritaba por la ventanita de la casa de mis abuelos, en las campañas electorales, con una banderita blanca: “Paz, paz, paz”. Crecí en una familia con un interés muy grande por la búsqueda de la paz. Segundo, entre las causas del conflicto aparece una inequidad muy grande en Colombia, una gran desigualdad, sobre todo una brecha enorme con el campo colombiano y con los campesinos. Y entre las causas del conflicto está también el debilitamiento de la democracia, la ausencia de pluralismo político en ciertas regiones, las drogas. Colombia tiene el registro más grande oficial de

víctimas del mundo. Son más de 8 millones y medio de víctimas en más de 50 años de conflicto (7.400.000 son desplazados). Más de 11.400 hombres y mujeres dejaron las armas. En Colombia tal vez quienes estábamos tan entusiasmados y tan ilusionados con la paz pensábamos que su construcción iba a ser más fácil. Y más rápida. Y no es ni fácil ni rápida.

–¿Cómo llega el Estado a zonas antes vedadas por las guerrillas?

–En algunas zonas, el esfuerzo del Estado está concentrado en llegar, pero no sólo con fuerza pública, sino con servicios sociales a zonas en donde no había llegado antes. El vicepresidente dijo que se han identificado 300 municipios que presentan situaciones que para el Estado son de observación y de intervención prioritaria en materia de riesgos. Pues estoy hablando de un país con 1100 municipios. La llegada tiene que ser integral. No tiene que ser solamente una llegada de fuerza pública, ni de una entidad sola. En estas regiones también faltan servicios de justicia. La resolución de los conflictos a veces en algunas zonas las hacía las FARC con sus propias reglas. Entonces ahí hemos desplegado acciones de servicios locales de justicia y legales. Eso es igual de importante que la llegada del ejército, que la llegada de la luz.

–Por las fronteras norte y sur se multiplican los problemas.

–La frontera con Ecuador sufre la presencia de diferentes actores armados, no solamente FARC. También hay corredores de tráfico de droga, y ahí encuentras grupos de delincuentes organizados, particularmente en Ariño, y en un municipio específico que es Tumaco, que es una salida de droga, una región del país que en Bogotá no sabíamos que existía.

–¿Cómo se trabajó con los niños, adolescentes, víctimas del conflicto?

–Según la legislación colombiana, según la legislación internacional, los menores de 18 años que están en la guerra en un grupo armado ilegal son víctimas del conflicto. Sin embargo, en mi contacto con ellos y con ellas nos encontramos con que muchos no se sienten víctimas por varias razones.

Una, para ellos la guerra fue una opción, o para sus familias, de movilización social, oportunidades, en algunas regiones del país era una alternativa. Esos chicos han abierto esa mirada que Colombia no tenía sobre los niños que han estado en la guerra. Y eso se explica también por un tema que tenemos que revisar en la comisión de la verdad. Habrá que analizar por qué los niños se fueron a la guerra. Qué pasaba con ellos antes, qué pasó durante y qué pasó después. Ese es un continuum de su vida que uno no puede desconocer. Entonces uno siempre tiende a pensar, “solamente miremos su historia de cuando estuvo en la guerra...”.

–Pero muchos nacieron ahí y otros fueron reclutados a la fuerza.

–Exacto. Sorprende que algunos de ellos no se asuman como víctimas. Dentro de las características encontramos también que son personas que provienen de entornos y contextos vulnerables, de zonas muy apartadas del país, en la mayoría de los casos con familias con dificultades también en sus relaciones, de vulnerabilidad económica y social. Hoy sabemos que 135 jóvenes salieron de las filas de las FARC. A todos se les garantizaron sus derechos básicos, a la identidad, a la salud, a la educación, y el reto ahorita es su inclusión como víctimas ya en la sociedad. Ellos ya están trabajando con la agencia nacional de reincorporación, y estamos también trabajando con sus familias incluyéndolos en los programas sociales del Estado, de superación de la pobreza.

–¿Y cómo reacciona la sociedad colombiana con el tratamiento que están recibiendo los ex combatientes, por ejemplo? ¿Todos quieren la paz?

–Yo quisiera pensar que todos estamos de acuerdo con la paz también. Es muy difícil que uno como colombiano piense que puede haber otro colombiano que no quiera la paz. Y yo voy a partir de que sí, de que todos queremos que no maten a nadie. Sin embargo, creo que, permeado por un tema electoral y político, se ha dado esta discusión en un ambiente en donde se han radicalizado las posiciones y no nos hemos permitido llevar

la discusión hacia lo básico: que de verdad necesitábamos que no se siguieran perdiendo vidas en razón del conflicto y que era bueno para toda la sociedad poner fin al conflicto por el diálogo.

–Claro, en ese sentido algunos líderes irán a la Justicia.

–Las FARC cometieron delitos, atroces, que para la sociedad colombiana fueron muy dolorosos. Uno de ellos fue el secuestro, y en Colombia se asoció siempre a las FARC como el que secuestraba. Y ese delito fue un delito que fue puesto en televisión, fue un delito que la gente vio en las ciudades, y que a mucha gente lo impactó de manera directa. El secuestro impactó a los ricos y a los pobres, digámoslo así. Y el secuestro es un delito cruel, inhumano y profundamente doloroso para la dignidad humana: ver a los soldados, a Ingrid Betancourt encadenados, tantos años, fue muy duro. También hay que decir que hubo una narrativa en donde la causa de todos los males eran las FARC. Tampoco es cierto. Y por otro lado, hubo cosas bonitas. Regiones del país donde hubo una bienvenida ejemplar a las FARC, comunidades que les han abierto las puertas, que les han dicho, “vengan, trabajemos juntos”. Sociedad civil que se ha movilizado y que ha ido a los espacios transitorios a ver qué necesitan, cómo les colaboran, qué les pueden ofrecer. Es la parte de la sociedad capaz de ser más generosa, que le cuesta menos asimilar los cambios.